

¿Región Hudson?

MARÍA AMELIA ARANCET RUDA

Universidad Católica Argentina
Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas
marancet@uca.edu.ar

Recibido: 20 de junio de 2023 - Aceptado: 20 de mayo de 2023

DOI: <https://doi.org/10.46553/LET.87.2023.p171-197>

Resumen: En el presente artículo postulamos la existencia de lo que denominamos Región Hudson. Para ello elegimos el nombre de región (Molina y Varela; Heredia), pero enriquecemos el concepto con lo que regionalidad (Arendt) y biorregión (McGinnis *et alii*) tienen para aportar. A su vez, nuestra mirada sobre esta región es eco, de acuerdo con algunos de los teóricos del amplio espectro de la ecocrítica, especialmente Mathews, Naess y Fukuoka. Esta elección parece el devenir natural para considerar un autor como William Henry Hudson, preocupado por el conservacionismo natural desde el siglo XIX. Así, damos notas de lo que consideraremos región; tomaremos para la región Hudson los elementos cognitivos indicados para ello por Mariana N. Saua y finalmente veremos cómo se concreta esta región. No es una propuesta que parte de lo abstracto, sino de constatar que en la zona del Río de la Plata son las muchas producciones que, de distintas maneras, se ubican en la estela de Hudson en cuanto a: el amor por la naturaleza, su percepción como vivencia íntima y, luego, la puesta en discurso. Aquí, además de considerar su *Allá lejos y hace tiempo* (1918), añadimos las obras *Allá en lo verde Hudson* (2012), de Arnaldo Calveyra; *Libro de horas* (2015), de Laura Forchetti; y *Ornitología para principiantes* (2018), de Daniel Dellazuana.

Palabras clave: región, ecocrítica, Hudson, transversalidad, Forchetti, Calveyra, Dellazuana

Hudson Region?

Abstract: In this article we postulate the existence of what we call Hudson Region. For this we choose the name of region (Molina y Varela; Heredia), but we enrich the concept with what regionality (Arendt) and bioregion (McGinnis *et alii*) have to contribute. In turn, our perspective on this region is eco, according to some of the theorists of the broad spectrum of ecocriticism, especially Mathews, Naess and Fukuoka. This choice seems to be the natural course when considering an author like William Henry Hudson, who has been concerned with natural conservation since the 19th century. Thus, we seek for notes of what we will consider region. We will use for the Hudson Region the cognitive elements indicated for it by Mariana N. Saua and finally we will test this region is specified. It is not an abstract proposal but is

born from verifying that in Río de la Plata area exist many productions that, in different ways, are located in Hudson's wake, in terms of: love for nature, its perception as an intimate experience and, later, setting it in discursive means. Here, in addition to considering his *Far Away and Long Ago* (1918), we add the works *Allá en lo verde Hudson* (2012), by Arnaldo Calveyra; *Libro de horas* (2015), by Laura Forchetti; and *Ornitología para principiantes* (2018), by Daniel Dellazuana.

Keywords: Region, Ecocriticism, Hudson, Transversality, Forchetti, Calveyra, Dellazuana

Región/regionalidad/biorregión: un activo enriquecido

Partimos del postulado de que toda literatura es regional, en tanto se trata de una producción naturalmente situada. Asimismo, lo es toda lectura, en este caso crítica, pues indefectiblemente hay un *locus* enunciativo desde donde se vive y se dice. Efectivamente, puntualiza Pablo Heredia que “es indispensable tener en cuenta que cada vez que nos preguntamos acerca de qué es la región, la respuesta dice más de quien se lo pregunta e intenta responderlo, que de la región misma” (2007: 155). Con conciencia de ello, entonces, avanzamos con nuestro cometido.

Respecto del marco teórico, adelantamos que, para discurrir sobre nuestro tema, en gran parte lo pensaremos junto con las reflexiones en torno de región, *regionalidad* y *biorregión* de Pablo Heredia (2007), Fabiana Varela y Hebe Beatriz Molina (2018), João Claudio Arendt (2021) y Michael Vincent McGinnis, Freeman House y William Jordan III (1999). Sumaremos las apreciaciones más técnicas, desde lo cognitivo, de Mariana Sahir Saua (2018). Por otro costado, en cuanto a lo eco, acudimos a Freya Mathews (1991), Paul Shepard (1996) y Arne Naess ([1989] 2018); para, finalmente, tener en cuenta a Masanobu Fukuoka (1978).

A veces la noción de región es conflictiva, especialmente en algunas zonas y países, aunque en este caso no abordamos tal costado ríspido. A la par es un concepto que puede resultar impreciso para algunos, por ejemplo, porque la región varía según el criterio tomado para definirla. Pero también es cierto que, más allá de la discutible vaguedad, tiene la virtud de la porosidad: el aire pasa, permitiendo que entren y salgan partículas. Podemos afirmar, adaptando la noción de “interconectividad” de Freya Mathews (1991), que la región respira, que está viva. En efecto, representa un cúmulo de avatares siempre vigentes y cambiantes.

Aclaremos también que aquí descartamos el término ‘regionalismo’, puesto que implica cierta voluntad de inscribirse el autor, o de situar la obra el lector, en una región particular de una manera programática y *a priori*. Para justificar nuestro descarte es menester tener en

cuenta que, al menos en la Argentina y en gran parte de Latinoamérica, el regionalismo se ha asociado con el costumbrismo y con el color local, tan caros al Romanticismo del XIX y extendido en oleadas sobre el XX, aproximadamente el primer tercio; oleadas afines al nacionalismo literario¹, del que no participamos y que juzgamos ya han pasado sus días.

Aunque elegimos la palabra ‘región’ por razones de mayor uso en castellano, enriquecemos la concepción con características de las ideas de *regionalidad* y de *bioregión*, ninguna de ellas incorporada en el *Diccionario de la lengua española* de la RAE. Nos aproximamos a *regionalidad* porque ofrece una posibilidad significativa más abarcadora, tal como se usa en algunos estudios en el Brasil; por ejemplo, los de João Claudio Arendt (2021), para aludir tanto a la realidad referencial o externa, cuanto a sus representaciones: “las regiones culturales están constituidas por especificidades materiales e inmateriales, es decir por regionalidades que urden un tejido complejo y flexible”² (Arendt, 2021: 14). En cuanto a *bioregión*, los motivos para acercarnos son similares, pero se hace mayor hincapié —hasta donde vemos— en la interacción colaborativa ecológica —aunque en su desarrollo se diferencia al mero ecologista del biorregionalista—:

El lugar puede definirse científicamente por sus características geomórficas, ecológicas e hidrológicas. Para el biorregionalista, el alcance del lugar [o región] se amplía para incluir el grado en que las comunidades locales se involucran en las limitaciones y oportunidades de los lugares particulares. La definición cultural humana dentro de la bioregión juega un papel tan importante en la definición de lugar, como lo hacen los aspectos no humanos, más cuantificables, identificados por la ciencia aislada³ (McGinnis *et alii*, 1999: 112).

La literatura, como cualquier otra producción cultural, integra un todo orgánico que opera sistémicamente. Por ello, es necesario mirar en perspectiva y sopesar el concepto de región a emplear cada vez que se aborda un estudio. El recorte que una región, *regionalidad* o *bioregión* implica no es fijo ni unívoco, debido a las antedichas porosidad y vitalidad propias

¹ En este punto se impone recordar que Gloria Videla de Rivero fue una de las primeras en sistematizar la ‘literatura regional’ (1984); y, luego, sobre la marcha de la maduración del propio pensamiento sobre el particular pasó a verla como ‘literatura de las regiones’ (2004), con una designación que no constriñe el imaginario, la poética ni el tema.

² Todas las traducciones en este artículo, del portugués y del inglés, son nuestras. Consignamos el original en nota al pie, para que la lectura del cuerpo del texto sea más fluida. Dice el original: “Regiões culturais são constituídas por especificidades materiais e imateriais, ou seja, por regionalidades que armam um tecido complexo e flexível” (Arendt, 2021: 14).

³ “Place may be scientifically defined by its geomorphic, ecological and hydrological characteristics. For the bioregionalist, the scope is expanded to include the degree to which local communities enfold themselves within the constraints and opportunities of particular places. Human cultural definition from within the bioregion plays as large a role in the definition of place as do the more quantifiable nonhuman aspects identified by isolated science” (McGinnis *et alii*, 1999: 112).

del fenómeno, además de que es requisito —como ya señalamos antes, junto con Pablo Heredia— no perder de vista la subjetividad, controlada, del estudioso.

Dentro de la Argentina, por ejemplo, podríamos identificar el NOA, el NEA, el Centro, el Litoral, la Patagonia, la metrópolis y los conurbanos; así como podríamos tomar otras subdivisiones, pero no es nuestro objeto aquí. Así, junto con Arendt sostenemos que las regiones culturales “no existen por capricho de la casualidad”⁴ (2021: 14), sino que son a la par producto y propulsoras de “la labor humana de delimitar y de dar sentido a los espacios sociales”⁵ (2021: 14) que surgen de la “integración, armoniosa, o no, entre individuos y grupos, que construyen modelos identitarios capaces de identificar un determinado contexto local con 'sus' ciudadanos y 'su' cultura, con una 'unidad' regionalmente profesada”⁶ (2021: 14).

Cada región, *regionalidad* o *biorregión* —términos que aquí empleamos como sinónimos, aunque por motivos pragmáticos condensamos en el de región— puede superponerse con otras en simultáneo, así como rastrearse diacrónicamente, por lo que tiene la propiedad de desplegarse como una transversal. Además, de acuerdo con su ser sistémica, establece relaciones respecto de algo mayor, como lo nacional, lo continental y/o lo mundial —macro o suprarregional; o bien, respecto de un recorte más pequeño, hacia el interior de la región, un microsistema⁷.

El entramado cultural, el “tejido complejo y flexible” (Arendt 2021: 14) que caracteriza una región tiene, en primera instancia, un anclaje en el espacio; por ello no es una abstracción ni una categoría puramente mental. En este trabajo tal espacio es la región rioplatense en forma extendida y la provincia de Buenos Aires, en la parte donde empieza a dejar de ser pura pampa húmeda. Tal anclaje remite al primer postulado de este desarrollo: que toda producción cultural es situada.

⁴ En el original: “não existem por capricho do acaso” (Arendt, 2021: 14).

⁵ En el original: “do trabalho humano de delimitar e significar espaços sociais” (Arendt, 2021: 14).

⁶ En el original: “inte(g)ração, harmoniosa ou não, entre indivíduos e grupos, que constroem modelos identitários capazes de identificar um determinado contexto local com ‘seus’ cidadãos e ‘sua’ cultura, com uma ‘unidade’ regionalmente professada” (Arendt, 2021: 14).

⁷ Se aprecia que el de *regionalidad* o el de *biorregión* es un fenómeno que se produce en cualquier lugar del mundo donde existan relaciones entre lo micro y lo macro, entre el subsistema y el suprasistema, no tiene por qué ceñirse a lo político, aunque a veces ocurra.

Otro componente importantísimo para la región en literatura es la lengua. Efectivamente, en cada uno de los textos verbales que visitaremos hay una subjetividad discursiva construida en relación con un lugar y con una lengua. En este último punto es donde parece surgir el mayor conflicto en cuanto a incluir a Hudson dentro de las literaturas de la República Argentina. Muchos optarían por no hacerlo, debido a haber escrito siempre en inglés; sin dudas, es un argumento de sumo peso. Y sin embargo...⁸ Otros, por el contrario, lo asumen, como Roy Bartholomew en su antología *Cien poetas rioplatenses 1800-1950* (1954). Este aspecto merece un estudio aparte, sobre todo para considerar la historia de los vaivenes de inclusión y de exclusión en el canon argentino, lo cual excede el artículo que nos ocupa (cfr. Lencina, 2019).

De todos modos, nos permitimos observar que, sin negar el papel fundamental de la lengua, el signo es mucho más⁹. Junto con Umberto Eco (1976) consideramos el signo de manera más abarcadora, no restringida a lo lingüístico. A pesar de que lo que principalmente nos ocupa es materia verbal, la labor de Hudson como naturalista excede con creces la escritura. En lo verbal, además del hecho implícito del pasaje entre idiomas, se conservan algunas palabras cuando se quiere hacer referencia a una entidad o a un fenómeno específicos del espacio de anclaje. En tales ocasiones, Hudson mantiene el castellano; o bien alguno de los autores que más adelante tomaremos acude al latín, cuando es posible, para insertar la denominación científica de los pájaros.

En este punto sopesamos el “vivir entre lenguas” que da título a un libro de Sylvia Molloy. De acuerdo con esta autora, cuando acontece el bilingüismo, el hablante se apoya en una de las lenguas, desde donde se establece la relación con la otra, “como ausencia, más bien como sombra, como objeto de deseo lingüístico. A pesar de que dispone de dos lenguas, el bilingüe habla como si siempre le faltara algo, en permanente estado de necesidad” (2015: 23). Esa “sombra” en Hudson no es solamente la de una lengua, sino, junto con ella, la de un continente, una tierra, un terruño más bien. Molloy roza el caso de Hudson en el apartado

⁸ Hay otros casos de argentinos que luego cambiaron de país, de nacionalidad y de lengua, tales como Héctor Bianciotti (Calchín, Córdoba, 1930-París, 2012). Desde 1961 —31 años de edad— hasta su muerte vivió en París. Se naturalizó francés en 1981 y, entonces, dejó de escribir en castellano. Fue miembro de la Academia Francesa desde enero de 1996; el primer latinoamericano miembro de esa institución. Cuando partió de la Argentina él sabía que, al costo que fuere, no quería volver. Por otro lado, Juan Rodolfo Wilcock (Buenos Aires, 1919-Lubriano, Italia, 1978), instalado definitivamente en Italia desde 1957, donde un año antes de morir solicitó la nacionalidad italiana; se le concedió *post mortem*. Pero el caso de Hudson parece diferente. Parte a Gran Bretaña por razones de salud y nunca regresa por motivos de falta de dinero, al parecer. ¿Acaso estos autores escriben algo en relación con la región latinoamericana? Nos arriesgaríamos a decir que sí.

⁹ Más adelante Calveyra dirá: “¿se trata de signos Hudson!” (2012: 81).

“*Mansiones Verdes y Tierras Pupúreas*”¹⁰ (53-55) y lo mira con sospecha, quizá con cierto prejuicio por quienes más tarde lo convirtieron en autor argentino, más aún, nacional (54): el grupo Sur en los 40, fundamentalmente (Lencina, 2019). Molloy se pregunta si de verdad habrá sido bilingüe y, en seguida, cuenta los juegos con niños vecinos y, más tarde, el intercambio con la gente del campo (2015: 53). Nos permitimos señalar, en el terreno de las conjeturas, que pocas cosas convierten más en bilingüe que el juego entre niños.

Más adelante, Molloy vuelve a dedicarle un breve texto, “Para no perder el hilo”, en que trae a colación las lenguas adulteradas de Hudson y lo que ella supone su decisión de ser escritor británico (2015: 58-59). En efecto, observa Molloy: “Curiosamente, al hablar de su niñez y su adolescencia, de sus lecturas, ese campo que mira ya con pasión y de los animales que empieza a catalogar, nunca manifiesta deseos de escribir ni vislumbra su futuro como escritor. Eso vendrá más tarde, cuando se aposente en otra ciudad y (casi) en una sola lengua: cuando decida ser un escritor inglés” (2015: 59). En verdad, no hallamos contradicción. La escritura emerge en William Henry Hudson cuando la experiencia ya no está más. Antes de partir de la Argentina, en épocas en que Hudson todavía podía practicar a sus anchas la pasión naturalista, con especial acento en lo ornitológico, e incluso vivir modestamente de ello¹¹, la escritura fue apenas subsidiaria. Sólo más tarde nació la praxis escrituraria extendida, cuando la ausencia pidió palabras.

Para afinar más nuestro foco añadimos algunas preguntas. ¿Acaso es el referente lo definitorio de la región? Sí; y no, porque si sólo fuera el referente lo regional sería excesivamente acotado. ¿Acaso, es la experiencia del autor? Sí; y no, porque, si lo fuera, sería todo casi exclusivamente autobiográfico. En este caso en que proponemos reconocer una Región Hudson se trataría de un cúmulo entrelazado de flora, fauna y luminosidad, a la par de costumbres y de hábitos de vida; junto con una manera de ser en el espacio/tiempo, y un estilo de habitarlo; más, finalmente, una asombrada y vívida conciencia de la vida que late, a la par,

¹⁰ En este apartado Sylvia Molloy hace comentarios acerca de las traducciones no reconocidas como tales que se leían en una época en la escuela argentina. Así como alude al hecho de que el título original de la voluminosa novela que transcurre mayormente en el Uruguay era *The Purple Lands that England Lost* (2015: 55), aunque quedó reducido a la primera frase nominal. En la segunda parte del título lee Molloy una referencia a las fallidas invasiones de 1806 e interpreta que eso tiene que haber despertado curiosidad en los lectores ingleses que por entonces leían a Joseph Conrad y Rudyard Kipling (Rodríguez, 2010: 327). Es muy posible y, creemos, no deja de ser una operación de posicionamiento editorial que no podemos criticarle a Hudson. Después de todo, más bien hallamos ironía en el título completo de la novela.

¹¹ Así se lee en las cartas traducidas, compiladas y revisadas por Tito Narosky y Diego Gallegos, “que, junto con las pieles de aves y algunos animales provenientes de la provincia de Buenos Aires, Hudson envió, siendo un naturalista de campo, al Museo Nacional Smithsonian de Historia Natural y la Sociedad Zoológica de Londres, mientras vivió en la Argentina, su país natal” (Hudson, 2017: 9).

en lo material y en lo invisible. Podemos sintetizar lo antedicho en términos más abstractos: una determinada referencialidad con anclaje espacial + peculiar experiencia del medioambiente del sujeto de la enunciación + una cosmovisión eco + todo ello en íntima correlación.

Hoy encontramos que Hudson como figura condensa una serie de problemáticas que no son nuevas, pero sí cada vez de mayor envergadura y actualidad: el vivir entre lenguas (Molloy, 2015), la *migrancia* y los posicionamientos ecológicos como el de la “interconectividad” (Mathews, 1991). De estas problemáticas apenas hemos mencionado la primera; no nos detendremos en la segunda, debido a que merecería un largo aparte, delicadísimo a causa de todas las personas individual y colectivamente implicadas. En cambio, sí haremos foco en la tercera.

Así, con su figura autoral y su escritura, William Henry Hudson viene a representar la combinación de ‘un anclaje’, ‘una manera de experimentar’ y ‘una manera de poner en discurso’ que, según nuestro entender, podría denominarse —reiteramos— Región Hudson.

Zoom sobre la Región Hudson

Hay una serie de obras que han retomado a Hudson y su escritura, de diversas formas. Por ejemplo, *La costurera y el viento* (1994), de César Aira; *Nieblita del Yi. Una historia de W.H. Hudson en Uruguay* (2021), de María Domínguez y Juan Forn; incluso una película, todavía no estrenada, *La pampa*, de Andrés di Tella. En todas ellas Hudson hace las veces de faro, nave y estela peculiares, raros tal vez, porque el idioma no es el puente. No obstante, da la impresión de que William Henry Hudson ha llegado a ocupar un lugar emblemático de ‘ser humano en contacto gozoso con la naturaleza íntimamente experimentada’. Además, están las obras que sí tomaremos, como *Allá en lo verde Hudson. Una relectura de Allá lejos y hace tiempo de Guillermo Enrique Hudson* (2012), de Arnaldo Calveyra; *Libro de horas* (2017 a), de Laura Forchetti; y *Ornitología para principiantes* (2018), de Daniel Dellazuana.

Ya volcándonos a analizar nuestro objeto, partimos de William Henry Hudson, así bautizado e inscripto en Quilmes —Buenos Aires—, en 1841; y muerto en Londres, en 1922, de cuyos escritos nos ceñimos a *Allá lejos y hace tiempo* (1918) y a algunas cartas recopiladas recientemente (2017). A partir de sus 33 años y hasta su muerte vivió en Gran Bretaña, donde escribió y publicó todos sus libros, en inglés. En esta región que postulamos él funciona como inicio y sustrato; casi como un dispositivo que por momentos es hipotexto y, en otros, acompañante y/o disparador de la escritura. Seguimos con Calveyra (Mansilla, Entre Ríos, 1929 – París, 2015), que se casó y tuvo hijos en Francia, donde además escribió y publicó. Luego nos acercamos a Forchetti (1964), de Coronel Dorrego, al sur de la provincia de Buenos Aires, acaso ya más Patagonia que pampa húmeda; para terminar en Dellazuana (1967), entrerriano de Villaguay, quien no menciona a Hudson, pero presenta referentes, intereses y una cosmovisión que bien podrían ser hudsonianas.

Según Molina y Varela, estudiar un texto como regional significa analizarlo observando tres factores fundamentales: 1/ cuál es el *locus* enunciativo que el enunciador reconoce como propio; 2/ qué sentidos produce esa “lugarización”; 3/ qué imagen de la región construye tal enunciador (2018: 126). Nos parece posible postular esta región, que tiene base material en la extensa zona rioplatense; luego, en los escritos de Hudson con ella asociados, y, finalmente, se proyecta en otros textos que, aunque no aludan al autor antedicho expresamente, son afines en cuanto a la visión de mundo que trasuntan. Es decir que, aunque no excluimos la posibilidad *a priori*, no nos referimos necesariamente a una “reescritura”, al estilo de las de Leónidas Lamborghini¹² (1996). ¿Qué caracteriza esta región, si es que resulta factible postularla? Algunos rasgos mínimos son: 1/ la Región Hudson es transnacional, se asocia con la Argentina, con el Uruguay¹³ y con Inglaterra, como mínimo; 2/ un componente claro de ella es el amor por los pájaros, que puede, o no, adquirir el curso de su estudio ornitológico; 3/ es una región en que no hay una polaridad centro-periferia, ya que es transversal en el espacio y en el tiempo. Además, Hudson en la Argentina era un inglés, y en Inglaterra, un sudamericano, de manera que lleva la marca de no ser nunca parte del centro; o, mejor, tiene el sello del migrante, siempre extranjero. La consabida tensión entre centro y periferia en este caso se desdibuja; entre otras causas, porque en principio no desea ocupar ningún centro.

Hudson produce —escribe— en una capital, pero es Londres, no Buenos Aires. Refiere principalmente la vida rural, apenas la citadina, sin haber ingresado en el regionalismo de principios de siglo XX. En todo caso, es un fervoroso e incondicional militante del naturalismo.

En relación con el canon viene a colación Varela cuando señala que “el estudio de una literatura producida en un espacio determinado, que no es el central y con el que establece relaciones no siempre armónicas, vuelve a plantear, desde otra perspectiva, conocidas problemáticas: la necesidad de asumir la heterogeneidad no solo de lo nacional, sino también de lo regional [...]” (2018: 70). En este sentido, desde el canon *porteñocéntrico* —quizá podríamos agregar, el *rosarinocéntrico*— es importante recordar junto con Saua la importancia del prototipo, que contribuye a organizar representaciones colectivas, así como el imaginario social (2018: 120-121). Asimismo, hemos de recordar que para el mundo somos región Latinoamérica, sin más. Ahora bien, ¿dónde queda la parte no estereotípica, la famosa excepción que, para quienes las piden, confirman las reglas? Claramente, aquí entran varias

¹² Para Leónidas Lamborghini suele haber parodia al reescribir; diría que, a veces, más bien sarcasmo, como en “Sheol”, reescritura del “Himno Nacional Argentino”.

¹³ Aunque aquí no lo hacemos, se podría considerar obras que la integren desde el Uruguay, donde transcurre *La tierra purpúrea*.

de las obras de William Henry Hudson, así como otras de su región, que ya mencionamos. Como señalamos al comenzar, toda literatura es regional —que no regionalista—, puesto que siempre es situada. Aunque sea poco estereotipada, existe una Región Hudson, que se corre de las categorizaciones más usuales.

Marian Nahir Saua (2018) propone pensar una región según procesos cognitivos de percepción, de categorización y de conceptualización vinculados con las experiencias del cuerpo y de la interacción de este con el entorno¹⁴. Dice: “La forma [*sic*] que se percibe no está aislada y los elementos que la componen constituyen un todo complejo que toma *forma*¹⁵ en contraste o en combinación con el *fondo* que la incluye. Es decir, todo es en función de lo que es en el todo y en sí mismo” (Saua, 2018: 116). Para pensar mejor la Región Hudson citamos los cuatro puntos que enumera Saua para cualquier región¹⁶: 1/ el pensamiento nace de la experiencia corporal y adquiere sentido a partir de ella (116); 2/ el pensamiento es imaginativo, esto es: se maneja mediante figuras retóricas que le permiten ir hacia lo abstracto; 3/ el pensamiento tiene propiedades gestálticas, es decir que “va más allá del simple hecho de unir conceptos a partir de reglas generales”, contempla las relaciones entre fondo y forma, que, por otra parte, no son fijos; 4/ el pensamiento “depende de la estructura general del sistema conceptual” (117). Estos ítems son clave, y resultan de utilidad para nuestro desarrollo. Aparte, vemos que hay coincidencia con lo antes propuesto, que retomamos para confrontar: 1/ determinada referencialidad con un anclaje espacial; 2/ peculiar experiencia del medioambiente en que se inserta el sujeto de la enunciación; 3/ una cosmovisión eco; 4/ todo ello en íntima correlación. Todos estos puntos se cumplen en los otros tres autores propuestos.

Rostros, perfiles, gestos

La Región Hudson es un sistema, en alguna de cuyas partes nos detendremos —es importante que quede en claro que podrían ser más, puesto que es un sistema abierto—. Primero señalaremos algunos elementos del núcleo o sustrato cruciales para la conexión con los otros miembros elegidos, tales como amor y fascinación por el medio natural, todo signado por un fuerte viso espiritualista. A pesar de la restringida valoración que hace Emilio Renzi (Ricardo Piglia) de *Allá lejos y hace tiempo* cuando dice que lo mejor está en “la reconstrucción de la vida y las costumbres de esos colonos ingleses que tratan de preservar su cultura, su lengua y sus tradiciones en medio de la agresiva realidad de la campaña

¹⁴ Saua parte de las teorías gestálticas que sirven a su teorización de antecedente y de base.

¹⁵ En bastardilla en el original.

¹⁶ Saua cita literalmente a George Lakoff y a Mark Johnson en su *Las metáforas de la vida cotidiana* (1991).

bonaerense durante la época de Rosas” (1978: 24), creemos que —si bien lo señalado es interesante— lo verdaderamente conmovedor está en la espiritualizada experiencia del mundo inmediato, sobre todo el no humano¹⁷.

William Henry Hudson

Este hijo de inmigrantes norteamericanos de Boston, que nació en un terreno comprado a un cuñado de Rosas llamado “Los 25 ombúes”¹⁸, donde hoy se asienta el Museo Histórico Provincial “Guillermo Enrique Hudson” fue, claramente, un hombre del siglo XIX. La historia del siglo en la zona de Buenos Aires, que leemos tantas veces en otros textos de las literaturas de la Argentina, también aparece, aunque sea apenas aludida, en relación con el trasfondo de sus primeros años de vida recordados en *Allá lejos y hace tiempo*. A saber: 1/ menciona los desagradables hábitos narrados en “La refalosa” de Hilario Ascasubi¹⁹; 2/ menciona al crimen de Camila O’Gorman y de Ladislao Gutiérrez, aunque no por sus nombres propios²⁰; 3/ señala una escena de bofes como la de *El matadero* de Echeverría, cuando actúan los caranchos²¹; 4/ se destaca la escena de las lavanderas en la orilla del río en la ciudad de Buenos Aires, de las que le llamaba la atención el parecido que había entre el comportamiento de las aves y el que podía tener un grupo de personas riendo y hablando. Allí

¹⁷ Cabría vincularlo con Thoreau, pero sería materia de otro artículo.

¹⁸ Primero se asentaron en “Los 25 ombúes”, hoy Florencio Varela, donde nació *Huddy* (así lo llamaba Ezra Pound), y, después, en Chascomús. Analía Hebe Fariñas, investigadora de los primeros pobladores del partido de Florencio Varela, ha publicado recientemente un libro con ese título: *El almacén de los Hudson allá lejos y hace tiempo* (buenosairesbooks, 2021).

¹⁹ En el capítulo 8: “No gastar pólvora en los prisioneros constituía en aquella época una ley tradicional en el ejército argentino. El gaucho veterano, práctico en el cuchillo gozaba en obedecerla. «Era como un consuelo — les oía decir— tener como víctima a un joven, poseedor de un buen pescuezo, después del desfile de gargantas duras y flacas». Con una persona de la clase preferida por ellos, no se apuraban en terminar la operación. La realizaban en forma lujuriosa, deleitándose” ([1918] 1979: 134).

²⁰ Tratando de suavizar lo que dirá, señala que Rosas cometió “actos que otros considerarían errores políticos o bruscos impulsos pasionales”. Y a continuación, hechas las amortiguaciones del caso, no deja de señalar: “Y algunos de esos hechos quedarán para siempre como inexplicables; como la ejecución pública ordenada en salvaguarda de la religión y de la moral, de una encantadora señorita de buena familia y de su amante, apuesto y joven sacerdote, que había cautivado la ciudad con su elocuencia” ([1918] 1979: 139).

²¹ En el capítulo 6: “Tales caranchos [...] se acercaban [a las casas] cuando se carneaba alguna res. Revoloteaban, entonces, en torno de la sangrienta comida, echaban una mirada penetrante y esperaban la oportunidad. Esta llegaba cuando los bofes y demás porciones sobrantes eran arrojados por los peones a los perros. El carancho, entonces, se abalanzaba como un milano y, arrebatando la carne con el pico, la levantaba hasta una altura de veinte o treinta metros. Dejaba caer su botín, para agarrarlo nuevamente en el aire con gran destreza, entre sus garras, y se remontaba para comerla a su antojo” ([1918] 1979: 100).

percibe un símil con las aves observadas en la laguna, un sencillo nexo entre seres vivos, sin jerarquización²²; 5/ aparece una fugaz referencia a Rosas, aunque Hudson nunca lo conoció personalmente²³. Lo político no le interesa a este argentino-estadounidense-inglés, que está absolutamente cautivado por la naturaleza. Además, sus padres tampoco intervenían en las luchas internas nacionales²⁴.

Su lengua materna es el inglés; pero aprendió y habló el castellano de la Argentina hasta los 33 o 34 años. Al leerlo es necesario no olvidar que sus alocutarios eran los ingleses de entonces. Fue un autor reconocido en Inglaterra; Joseph Conrad, Ezra Pound y Virginia Woolf, por ejemplo, ponderaron su escritura, sobre todo por el intangible fondo que lo mueve. Tampoco hay que olvidar que *Huddy* siempre escribió para alguien más, fuera de sí mismo; y muy a menudo lo hizo técnicamente, como cuando enviaba sus informes junto con los ejemplares que cazaba y embalsamaba para el Instituto Smithsonian en los EEUU, o para Inglaterra —inicialmente, por sugerencia de Hermann Burmeister, a la sazón director del Museo de Ciencias Naturales en Buenos Aires, hoy en el Parque Centenario—. En *Allá lejos y hace tiempo* se nota esa veta metódica para la descripción elocuente, cualidad indispensable en sus escritos para científicos. Su prosa es nítida y fluye organizada a partir de un objetivo inmediato. Pareciera haber, por lo menos mentalmente, un plan de escritura ordenadísimo. No obstante, logra narrar y/o describir momentos de una profundidad y de una altura notables, que rozan lo místico, como en el capítulo 3, que aquí nos interesa particularmente. Recuerda de cuando tenía seis años: “Mi mundo era puramente material y era el mundo más maravilloso. Cómo yo había venido a él, no lo sabía; únicamente sabía o imaginaba que estaría siempre en él, viendo cada día cosas nuevas y extrañas, sin cansarme nunca” ([1918] 1979: 63). Y añade, ya desde la reflexión: “En literatura, es sólo en Vaughan, Traherne y otros místicos, donde encuentro alguna expresión adecuada a ese arrobamiento de perpetuo deleite por la naturaleza y por mi propia existencia que yo experimentaba durante aquel período” ([1918] 1979: 63). Luego esboza unas consideraciones acerca de la mente del niño,

²² “Las negras, excesivamente chillonas, me recordaban con su parloteo mezclado con gritos y carcajadas, el revuelo que promovían sobre las lagunas pantanosas las gaviotas, ibis, becasinas, gansos y demás ruidosas aves acuáticas. Aquella admirable e invariable escena animada me hizo ir allí una y otra vez” ([1918] 1979: 112).

²³ “Al gran Rosas nunca lo vi, pero ya era algo haber tenido haber tenido esta momentánea visión del general Eusebio, su bufón, en vísperas de la terminación de su poderío, que duró más de veinte años, durante los cuales demostró ser uno de los más sanguinarios y originales de los caudillos y dictadores” ([1918] 1979: 119).

²⁴ En su casa de infancia, estimamos que a modo de prevención por las inesperadas visitas de adeptos al régimen dominante según el momento, había sobre la chimenea un retrato central de Rosas, flanqueado por uno de Doña Encarnación y otro de Urquiza. Además, recuerda que un poquito más alejados estaban el del general Oribe y el de —posiblemente— Ángel Pacheco. Como se ve, una suerte de galería cautelar ([1918] 1979: 120-122).

del adulto y de “los salvajes más simples” ([1918] 1979: 63), que dejan ver el traje sobrepuesto del naturalista británico que escribe para ingleses. Sin embargo, la asimilación que ofrece a continuación entre niño y animal, lejos de ser un menoscabo, posee las notas más celebratorias: “La conciencia [del niño] está en su aurora. Goza con los colores, con los olores; se estremece por el tacto, el gusto y el sonido, se parece a un cachorro, o a un gatito bien alimentado, que juega sobre un césped verde, al resplandor del sol” ([1918] 1979: 63).

En este capítulo Hudson cuenta acerca de la muerte del perro, ya viejo, César, lo cual lo empujó a tomar contacto con la experiencia de finitud por primera vez. Ante su pena, la madre, una norteamericana metodista muy religiosa, lo instruye acerca de la vida eterna. Desde su lecho de enfermo en Inglaterra, cuando escribe *Allá lejos...*, señala que su idea de Dios en aquel tiempo era la de una extraña omnipresencia: “Él estaba allí, porque así me lo habían enseñado” ([1918] 1979: 63), lo cual —dice— lo inquietaba. Sin embargo, lo que presenta a continuación es una apropiación, un dios azul: “Su color era azul, y variaba en profundidad e intensidad. Algunas noches parecía azul cielo. Comúnmente era de un tono más profundo; un azul puro, suave y bello, como el de una gloriosa mañana o el de un geranio silvestre” ([1918] 1979: 63).

Más adelante, en el capítulo 17, intitulado “El animismo de un niño”, otra vez desde la elegida postura de británico científico, vuelve a referir —entre tantas otras ocasiones— su íntima experiencia en relación con la naturaleza casi como una anomalía o defecto, aunque no puede —¿no quiere?— negarlos. Da una excesivamente larga explicación —dijimos que es un hombre del siglo XIX— para poder referir que para él todo estaba animado, para desacreditarse luego, como correspondía al hombre civilizado. Sin embargo, al leerlo, el voto de confianza va hacia donde está el logro estético, no hacia el argumento supuestamente maduro y ciertamente racional. A modo de ejemplo de este fondo que vivifica su escritura mencionamos un fragmento algo más extenso:

No puedo recordar las primeras manifestaciones de la sensación. Sólo sé que mi memoria me lleva hacia un tiempo en que [...] el goce que experimentaba en todas las cosas naturales resultaba simplemente físico. Me regocijaba disfrutando de los colores, de los olores y de los sonidos, del gusto y del tacto. Me hacía feliz el azul del cielo, el verdor del campo, el brillo de la luz del sol en el agua, el sabor de la leche, el de la fruta, el de la miel; las emanaciones de la tierra seca o húmeda, las caricias del viento y el repiqueteo de la lluvia, el aroma de las hierbas y de las flores, el roce de la brizna de pasto. Me embriagaban de placer ciertos sonidos y perfumes y, sobre todo, ciertos colores en las flores, en el plumaje y en los huevos de las aves, como la lustrosa cáscara purpúrea del huevo de perdiz. Cuando, cabalgando por la llanura, divisaba un parche de verbenas escarlatas en plena florescencia, las plantas que cubrían en un área de varios meros/ la superficie de la tierra húmeda y verde, abundantemente salpicada con brillantes flores, me tiraba al suelo con un grito de júbilo, para acostarme entre ella y deleitar mi vista con tan brillantes matices ([1918] 1979: 213/214).

Estos ejemplos aquí citados, tomados más bien al acaso, sin duda también podrían haber sido otros, pues abundan en *Allá lejos y hace tiempo*.

Luego de Hudson nos desplazamos hacia tres autores, más bien tres libros que guardan relación con la Región Hudson. Los presentamos de mayor a menor influencia directa de la literatura hudsoniana en su producción, relación que es aquí inversamente proporcional a la manifestación del vínculo directo con la naturaleza como motor de escritura. Así, el orden en nuestro recorrido será Arnaldo Calveyra, Laura Forchetti y Daniel Dellazuana, que va del más al menos conocido.

Arnaldo Calveyra

Cuando Calveyra escribe *Allá en lo verde Hudson* lo presenta como una relectura que sitúa a finales del año 1989 (2012: 9-8). Él también es un escritor nacido en la Argentina y que por decisión personal —más en el caso de Calveyra que en el de Hudson— habita en otro país y en otro idioma. Calveyra trabajó como traductor, por lo cual hay un largo aparte (9-15) en su libro dedicado a reflexiones acerca de qué se lee, o no, cuando se lee en traducción —como ocurre para la mayoría de los hispanoparlantes en el caso de Hudson—. Atraviesa muy conscientemente el “vivir entre lenguas” de Molloy (2015).

La situación de enunciación en este caso se asemeja a la de Hudson, puesto que escribe desde otro país para evocar su infancia en aquel lejano tiempo en el distante continente sudamericano, para Calveyra, específicamente en la provincia de Entre Ríos. Es decir que la memoria actúa para ambos como un dispositivo de creación y de composición que forma y deforma a la vez. De acuerdo con ello, para Calveyra las vivencias “empiezan a suceder a partir de un trasfondo de enigma” (2012: 18); incluso va más lejos cuando afirma que así “Nacemos una vez más, nos sentimos confirmados en nuestra existencia” (19).

Desde la relectura reflexiva que este poeta hace de *Allá lejos...* son muchas las consideraciones a sopesar, valiosísimas *per se*. Pero tan solo nos ceñiremos a lo que a la Región Hudson atañe, según nuestro entender. Una de ellas se asocia con el reconocimiento de la actitud contemplativa, que Arnaldo Calveyra identifica con “mantener alerta nuestra capacidad de observación”: “Observarlo todo y cada cosa en un calma activa del ánimo y sin que el cuerpo exija lo que constantemente está exigiendo [...]” (24).

Calveyra se suma, primero como lector, a ese llamado o conexión que ocurre transnacionalmente, *transidiomáticamente*, *transgeográficamente*, porque los dos autores fueron experimentadores del mismo referente y alimentados con la misma luz. Así, dice que hay...

[...] momentos memorables, reconocibles a la legua de *Allá lejos y hace tiempo* que nos tocan el hombro y en los que no se dice empieza a expresarse a través de lo que se dice, virtualidad súbita y sin aviso previo que nos gana de esos signos encargados de decir siempre más, ¡se trata de signos Hudson!, encargados como están de que nos lleven inexorablemente al poema. Entonces, ya en pena efusión de horizontes hudsonianos, alertados por el propio autor, insistente callidez cargada de señales como en el mapa de una constelación hasta entonces desconocida, página vuelta imponderable accediendo a lo que nos lleva al poema, página, figura, palabra escrita en los arcanos de una imaginación en majestad (2012: 81).

Teniendo en cuenta, como indicio, cuál es la imagen de la región que construye el enunciador (Molina y Varela, 2018: 126), no hay dudas de que ‘arrobamiento enamorado’ es el sintagma que los une, y que, desde ambos casos, llega a nosotros, nuevos lectores. Al respecto Calveyra demuestra una agudeza perceptiva junto con una maestría expresiva apabullantes, una vez más al señalar que “en las páginas de *Allá lejos y hace tiempo* no todo resulta directamente aludido por la palabra” (2012: 104); dice que parece que se tratara de “fotografías o grabados subliminales” (2012: 104), pues “son incontables los momentos en que lo no dicho gravita en lo que dice, peso, adhesión de instantes; como en un poema las palabras no escritas pero oídas por la mente, así sentidas, acuden a nosotros en forma de armónicos y es, simplemente, porque ya son armónicos, ya han empezado su tarea inefable, como si de una partitura en obra se tratara” (2012: 104). Es innegable que aquí han intervenido los procesos cognitivos mentados por Marian Nahir Saua (2018), de percepción, de categorización y de conceptualización vinculados con las experiencias del cuerpo y de la interacción de este con su entorno.

Finalmente, el entrerriano Calveyra confirma embelesado su amor, como si esperara una suerte de mesías o de amado salvador:

Que vuelva a esta tierra [aunque Calveyra vive en Francia] la luz, tu luz Hudson, que se ponga cuanto antes de camino, empiece por iluminar la sombra del verde que tanto cantaste: de persona a persona, de luz de mirada a luz de mirada, personas sosegadas aguardándote, que venga y se pasee de casa en casa, de puerta en puerta, entre campo y ciudad, de baldío en baldío [...] Vuelve, por segunda vez vuelve, atraviesa el mar en el sentido ahora del *home*, ¿Qué importa la muerte si lo que nos dejaste escrito atesora tu luz, tu luz viva,/ que con palabras inglesas —una de las condiciones para que fábula hubiera— nos señaló qué árboles, nos mostró cuáles pájaros?

Nos serás cien años útil y te seguiremos queriendo otros mil (2012: 114-115).

Laura Forchetti

No sabemos si Laura Forchetti²⁵ leyó *Allá en lo verde Hudson*, pero no es posible pasar por alto la siguiente fervorosa declaración de amor y de deseo por parte de Calveyra que lleva al

²⁵ Laura Forchetti nació en 1964 en Coronel Dorrego, al sur de la provincia de Buenos Aires, a 100 km de la ciudad de Bahía Blanca y cerca de las playas de Monte Hermoso. Ha publicado *Cerca de la acacia* (2007), *Cartas a la mosca* (2010), *Un objeto pequeño* (2010; en colaboración con la artista visual Graciela San Román), *Temprano en el aire* (2012), *Donde nace la noche* (2014, Premio Internacional de Poesía Infantil Ciudad de Orihuela, España) y *Pájaros o reinas* (2017). Participó de las antologías *23 chichos bahienses* (Editorial Vox, 2005) y *Poetas Argentinas 1961-1980* (Ediciones del Dock, 2007). Es parte del proyecto “Poesía en la escuela”

poemario de la autora bonaerense: “Me dedicaría a copiar a mano, imagen a imagen, cada línea, cada párrafo de su libro, con la lentitud requerida por estas horas de tregua y acaso de víspera, hacer de *Allá lejos y hace tiempo* un libro de horas [...]” (Calveyra, 2012: 152). Ya dicho lo que luego, efectivamente, hizo Forchetti desde el título mismo en su *Libro de horas* (2015) —Primer Premio de Poesía en el concurso del Fondo Nacional de las Artes 2016—. O, al menos, realizó algo parecido al anhelo de Calveyra de imitar con el gesto corporal la dedicación morosa del amanuense monástico; o el amor en vilo del enamorado, que desliza la punta de un dedo por sobre la grafía del amado siguiendo su trazo y, así, buscándolo.

En su origen, en la Edad Media, un libro de horas era precisamente manuscrito, confeccionado con salmos y plegarias diversas para acompañar las oraciones del día, para lo cual en monasterios e iglesias se marcaba el horario, mediante relojes de sol, clepsidras o meramente campanadas para llamar a orar. Este tipo de libro era tanto para consagrados como para laicos, y podía ser personalizado. Su nombre sigue la lógica de la división de las horas canónicas, según el denominado Oficio Divino —hoy, Liturgia de las Horas—, que en su totalidad son ocho²⁶. Por los nombres de las cuatro secciones del poemario —“Laudes”, “Lucernarias²⁷”, “Salir de casa” y “Reloj de la pasión”— y por algunos de los títulos de los poemas —“anunciación” (13), “devoción” (21), “adoración” (25), “acto de contrición” (27), “contemplación” (30), “súplica” (31), “consagración” (34), “soplo” (35) y “absolución” (39)— *Libro de horas* mantiene fuertemente el significado de un compendio de momentos de recogimiento y oración para ser practicados varias veces al día.

En verdad, nos interesa señalar esta combinación entre una matriz discursiva formal —la del libro de horas— y el homenaje a Hudson²⁸, que Forchetti expresamente dice haber hecho

desde 2009. También es maestra de nivel primario y especial y animadora a la lectura y la escritura, con especialización en literatura infantil —área donde es colega de Iris Rivera y de Roberta Iannamico— y juvenil. Coordina, además, talleres literarios para niños y adultos.

²⁶ Las horas canónicas son: 1/ *maitines*: antes del amanecer; 2/ *laudes*: al amanecer; 3/ *prima*: primera hora después del amanecer, sobre las 6:00 horas de la mañana; 4/ *tercia*: tercera hora después de amanecer, sobre las 9:00 horas; 5/ *sexta* —de donde deriva la palabra siesta—: mediodía, a las 12:00 horas, después del *Angelus* en tiempo ordinario, o el *Regina Coeli* en Pascua; 6/ *nona*: sobre las 15:00, Hora de la Misericordia; 7/ *vísperas*: tras la puesta del sol, habitualmente sobre las 18:00 después del *Ángelus* en tiempo ordinario o el *Regina Coeli* en Pascua; 8/ *completas*: antes del descanso nocturno, a las 21:00.

²⁷ En el latín tardío denominaban ‘lámparas de aceite’, por lo tanto, indican que ya la luz del día ha disminuido.

²⁸ Efectivamente, en entrevista con Rolando Revagliatti señala la autora: “Es un poemario que juega con la vieja idea de los libros de horas medievales, que disponían las oraciones, los rezos para cada momento del día. En mi *Libro de horas*, los poemas agrupados en “Laudes” y “Lucernarias” son como oraciones a la naturaleza, a su luz y sombra. La tercera parte se titula “Salir de Casa”; son casi notas de un diario íntimo, ordenado según los

con este poemario, no solo como fruto, sino durante el proceso creativo mismo. Cuenta que escribía los poemas mientras leía a este autor, en un ida y vuelta fluido. Así, su hacer poesía en este poemario da cuenta del contemplar, del incorporar, del escribir, esto es de los mentados procesos cognitivos que Saua (2018) señala, poniendo muy de relieve la relación entre cuerpo y entorno concreto. Veamos el poema 8, de “Lucernarias”:

cuando el viento se metió
en mi pelo
mi vestido
recordé que estaba
en ese lugar

el viento se acordó de mí

su lengua
vino a probarme
después los pinos
y la verbena
la lavanda

no abrí los ojos
fingí que no lo sentía
dejé mi oído derecho al hornero
el izquierdo al rumor de las campanillas

fuga de nubes mi cabeza
tras las golondrinas

tenía los ojos cerrados
las escuché pasar
agitaron un poco/
mi corazón
copa de los árboles
aquí de espaldas
ofrecidos
mis brazos a las hormigas
partituras para el silencio

meses del año [rasgo de escritura autobiográfica que emula la de Hudson]. Y cierra el libro un poema dedicado a Guillermo Enrique Hudson [1841-1922]: “Reloj de la Pasión”. En realidad, todo él está atravesado por la presencia de Hudson: citas de sus libros van abriendo cada apartado” (Forchetti, 2017 b). En ese último poema el verbo “yacer” indica la acción, o no acción, en que se yuxtaponen el enfermo en cama, que borroneaba *Allá lejos y hace tiempo*; el muerto, yacente; y el hombre feliz, del todo identificado con un suelo: “en el pasto quemado de enero/ yacer/ [...] / la espalda fermentada en las hormigas/ [...] / y no esperar por la muerte cincuenta años/ en una pensión de Londres/ sobre mis cuadernos/ [...] / yacer/ en el pasto helado de julio//cruja la helada en mis huesos/ [...] / para llevarme/ pesado y ciego en círculos/ entre los panaderos/ deshecho en el vacío luminoso/ saber mi país/ perdido y ajeno/ como las visiones/ de la fiebre” (Forchetti, 2017 a: 89-90).

que a nadie
digo

el verdeazul de un follaje
o el pasto
cuando me vuelvo de costado
cada brizna
brote
humedad
filo perfecto

el aire
que
entra
sale
soy
(Forchetti, 2017 a: 54-55).

La subjetividad del enunciado y de la percepción son cautivados con el más leve y aparentemente inane acontecer del mundo natural. Forchetti no es un hombre ni del siglo XIX, y se nota. Pero, fuera de tales accidentes autorales, el poema bien podría ser de Hudson por la completa entrega a la experiencia de lo nimio en la naturaleza, que siempre lo sorprende. El libro contiene cinco epígrafes, todos provenientes de las obras de este autor, en especial de *Allá lejos y hace tiempo* ([1918] 1979) y, menos, de *Un naturalista en el Plata* ([1892] 1997), pero el mayor homenaje reside en esta compenetración con la maravilla ofrecida, por ejemplo, en el poema 12:

por los álamos aprendí
lo invisible:

el aire que sube
se deshace
la forma del viento

o el lujo de la luz
a doble faz
que se reparte y multiplica
en manos corazón
baja
visible como sombra
vaso de agua
[...]
y antes
era una nube
algodón el tiempo
prendido
a las espinas y los tallos
mensaje codificado para repetirse

con mínimas mudanzas/
nidos de pájaros
conversaciones
que el rayo interrumpe
[...]
(Forchetti, 2017 a: 60-61).

La autora admite ver a Hudson como hermano de todos los “seres del campo” (Forchetti, 2019); y añadiríamos, compañero de experiencia material e inmaterial en ese mismo espacio.

Daniel Dellazuana

Daniel Dellazuana²⁹ (1967, reside en Villaguay, Entre Ríos) habla de una ornitología espiritual, punto en el que se toca con la modalidad perceptiva hudsoniana, porque su mirada quiere poner en valor lo originario que, ya en el siglo XXI, se ha perdido en gran medida o, si queda, corre peligro. Señala que “son muy pocos los registros de monte” (Pata-Pata, 2019). La conciencia aguda del cambio climático y de sus catastróficas consecuencias es un motor para la escritura, que secunda el amor por lo propio. En este caso específicamente los pájaros del Departamento de Villaguay, en Entre Ríos; tal es su coto. Dellazuana comulga con la idea de que todos los seres vivos estamos en el mismo escalón en cuanto a dignidad. Sobre todo, destaca el hecho de que el apremio de la preservación responde a que nos necesitamos entre todos, debido a ser sistema.

El libro comprende 43 poemas, todos intitolados con el nombre de un pájaro, primero el vulgar o más conocido e, inmediatamente, el nombre científico en latín, por ejemplo “Chingolito. *Zonotrichia Capensis*” (66) y “Calandria. *Mimus Triurus*” (52). Todos, menos uno, cuyo título es una palabra que designa el monte nativo en lengua charrúa, “*Remajhumen*”. Empezamos citándolo, porque espontáneamente se asocia con el capítulo 4 de *Allá lejos y hace tiempo*, “El monte”, uno de los que mejor transmite el fervor por la tierra y la convicción del milagro allí presente:

Este amor indecible
me carcome la carne
me desune los nervios
como osteoporosis va esponjando mis huesos
la materia corpórea
se me exilia a pedazos

²⁹ Daniel Dellazuana es profesor de lengua y literatura y trabaja en secundarios y como maestro rural, por lo que está “constantemente en relación con los *gurises* del campo y con el monte nativo” (Pata-Pata, 2019). También es autor del libro de poesía *Brevísimo tratado sobre las malezas* (2017), también editado por UNL y UADER.

se me espiritualiza
y la piel se me crispa
un eterno hormigueo me recorre completo
toda mi dermis tiembla, tambalea, se irriga
y un delirio de muerte acomete mi psiquis.
Me recorro escindido, ordenado en pedazos,
horadado en pedazos.
Tanta sangre es ahora un vapor repentino
me acarician las sierpes que recorren mi instinto
y todo el inconsciente es mendrugo de arcilla.

Se enmohece la ciencia que me daba respuestas
ya no tiene injerencia en mi estómago adscripto.

Ya no sé si es tormento, o caricia o delirio;
se subliman mis uñas
se sublevan mis plumas
y las branquias me oscilan
con un temblor eterno enancando al ensueño. /
Ya seré un algoritmo, desertando los pliegues de las circunferencias
y llegando al diseño,
seré círculo, ombligo y estertor circunscripto,
seré tierra mojada
seré pasto tranquilo
como ese tierno abdomen de caricias sediento
seré solo...
un ser vivo.
(Dellazuana, 2018: 43-44).

Si confrontamos los 42 nombres de aves que designan poemas en Dellazuana con las mencionadas en la recopilación de escritos de Hudson *Las aves perdidas del Plata* (2017), hallamos 33 coincidencias. Es decir que hay solamente 9 que, al menos en estos textos publicados en 2017, no constan entre las aves observadas, estudiadas, cazadas y/o sometidas a taxidermia por Hudson, por razones laborales y por costumbre científica de la época. Es tal la paridad, que podrían haber hecho la labor correspondiente a cada época juntos, naturalismo de campo en el XIX o preservación ecologista consciente en el XXI, siempre con idéntica pasión.

De todos los poemas nos detendremos brevemente en el dedicado al churrinche, en parte por preferencia personal, por la belleza de su color rojo encendido³⁰; en parte porque sobre él

³⁰ Este color, muy llamativo y fácilmente distinguible, corresponde al macho; la hembra es gris pálido.

escribe Hudson “Notas sobre los hábitos del churrinche”, recibida por Philip Lutley Sclater³¹. En esta comunicación (2017: 153-156) queda en claro que Hudson estaba en condiciones, como casi ningún otro, de dar cuenta de la vida de estos animales, puesto que no era un “naturalista de escritorio”, como solía decir él despectivamente, y con fundamento, respecto de los naturalistas autoproclamados verdaderos científicos. El texto dirigido a ornitólogos deja ver la detenida, cuidadosa, prolongada y minuciosa observación, que resulta amena incluso para legos.

Se lee en “Churrinche. *Pryocephalus rubinus*”:

No puede ser más docta
la reumática huella.
Entre figuraciones y *wacos*³² penitentes
se contorsiona el bermellón,
sinuoso
[...].
Tantas escaramuzas se dirimen
macrobióticamente en tus mejillas
entre el fuego impetuoso y el carbón rescindido
(Dellazuana, 2018: 121).

Cabe traer a colación algo de lo que comenta Hudson sobre su conducta y tenerlo en cuenta al leer estos versos:

Visita este lugar [su nido] aproximadamente una vez por minuto, y se posa en él con su espléndida corona erecta y la cola desplegada, sacudiendo las alas sin cesar mientras deja oír un continuo torrente de argénteos gorjeos [...]. Es tan belicoso que, cuando no está temblando en el sitio de su futuro nido o cazando al vuelo algún insecto, anda persiguiendo enconadamente de árbol en árbol a otros machos sin pareja, de su especie. Repite a intervalos su notable y breve canto, compuesto de una sucesión de trinos metálicos modulados dulcemente, que emite durante el vuelo. Suele elevarse 30 o 40 metros y entonces, con las bien levantadas alas vibrando velozmente, sube y cae casi perpendicular medio metro, cinco o seis veces, pareciendo seguir el compás de sus notas. Con frecuencia canta de noche sin abandonar su ramita, lo que resulta especialmente placentero, ya que se oye menos apresurado (Hudson, 2017: 154).

³¹ Sclater era “en esa época el experto mundial en aves de América del Sur y secretario de la Sociedad Zoológica de Londres” (Hudson, 2017: 23). La carta fue escrita el 06 de agosto de 1872, cuando estaba todavía en la Argentina -que deja para siempre la Argentina el 1° de abril de 1874-, y publicada como “*Proceedings*” de la Sociedad Zoológica de Londres.

³² Liana autóctona.

Abunda el poema en otros sintagmas que aluden a su color rojo brillante; “carnosidad”, “llameantes en el ceibo”, “de luz complementarios, / de ignición satisfechos”. Más allá de los elementos que puede estudiar un especialista, es evidente que este pajarito, llamativo y hermoso, es signo de intensísima vitalidad. Laura Forchetti aludiendo a él enuncia: “una pareja de churrinches/ sobre los alambres señalan/ mi corazón// pienso en ellos como si fueran flores” (Forchetti, 2017 a: 63).

Recapitulamos, concluimos y dejamos la puerta abierta

Toda producción humana es situada y, por tanto, regional, lo que no significa regionalista. A la hora de elegir términos, descartamos el -ismo recién aludido, y usamos aquí el de región (Molina y Varela, 2018), con los sentidos añadidos de *regionalidad* (Arendt, 2021) y de *bioregión* (McGuinnis *et alii*, 1999), de manera que la propuesta de una Región Hudson sea evaluada como una “categoría de análisis operativa” (Molina y Varela, 2018: 126), lo mismo que la de ‘región’ a secas.

Superando el realismo y el naturalismo en *Allá lejos y hace tiempo* Hudson crea un registro de crónica vital, de relato consustanciado con la vida como interconectividad de los “selves” (Mathews, 1991: 52). Y, más adelante, Calveyra, Forchetti y Dellazuana, superando todo regionalismo nacionalista, ingresan en la Región Hudson para ampliarla, enriquecerla y darle continuidad.

Eva Lencina ve *Allá lejos y hace tiempo* como una “utopía retrospectiva”³³ (2022), lo cual es —como ella señala— una búsqueda de recuperar el paraíso perdido. No obstante, creemos que no se reduce a ello, sino que, sin saberlo, está creando un territorio de pertenencia a futuro. Prueba de ello son las producciones que aquí revisamos —y hay más—, que no solamente recrean la obra escrita por William Henry Hudson, sino que la experimentan y la aumentan con otras peculiaridades.

Con pena, ya a principios del siglo XX Hudson ve la pérdida del valor intrínseco de la naturaleza para la mayor parte de la sociedad, que sólo podía encontrar bien en lo utilitario y explotable, “*merely economic*” (McGinnis *et alii*, 1999: 220). Construir la propia autobiografía y enmarcarla dentro de un relato con gérmenes ecologistas *avant la lettre* ofrece una apreciación cosmogónica importante. Hudson advierte que el mundo funciona como un sistema dinámico de relaciones entre las partes, donde cada ser vivo, cualquiera sea, tiene

³³ Utopía, también, cuando vemos solo un poco de lo que ocurre con nuestro planeta hoy, dice Franco “Bifo” Berardi: “el usuario Pokémon saldrá de su cuartito hiperconectado y correrá por las calles persiguiendo insectos y pájaros inexistentes, mientras los pájaros reales están desapareciendo y no hay más aventuras reales para vivir en los parques. Nintendo provee simulaciones de la vida y aventuras” (2019: 72).

derecho a ser reconocido y respetado como un miembro más, con lugar y función propias. Han emergido, afortunadamente, visiones como la del *biorregionalismo*, para la cual “el sentido del trabajo comienza a trascender una definición meramente económica”³⁴ (McGinnis *et alii*, 1999: 220), que “desata una gama de oportunidades perceptivas y comunitarias mucho más completa y rica”³⁵ (220). Para este regionalismo que usa como prefijo “bio-” el trabajo del ser humano

[...] está contextualizado por el trabajo de los ríos y de las cuencas, ya que mantienen su equilibrio dinámico en el tiempo geológico; asimismo, por el trabajo de los bosques, de las praderas y de los desiertos; por el intrincado equilibrio de cooperación y de competencia que define el trabajo de todas las especies, juntas, en el tiempo evolutivo. Parafraseando a Peter Berg (1998, en proceso), estamos invitados a ir más allá de ganarnos la vida, a vivir ganándola³⁶ (McGinnis *et alii*, 1999: 220).

Es sabido que los seres humanos tenemos una identidad compleja; somos los caminos que elegimos, pero también nuestras raíces de sangre —antepasados— y de tierra —la tierra sobre la que andamos; donde empezamos a caminar y adquirimos autonomía; donde pasamos de infancia a niñez, luego a adolescencia y posteriormente a adultez—; además de las raíces fortuitas, que echamos en algunos de nuestros derroteros y que quedan dentro de nosotros para siempre. Es decir que, como señala Paul Shepard, “[la propia] identidad no es simplemente humana en oposición a lo animal. Es una serie de categorías anidadas”³⁷ (1996: 85)³⁸. Por cierto, la identidad de Hudson tiene gran parte de sus raíces en suelo rioplatense. Y

³⁴ En el original: “the meaning of work begins to transcend a merely economic definition” (McGinnis *et alii*, 1999: 220).

³⁵ En el original: “a fuller, richer range of perceptual and communal opportunity is unleashed” (McGinnis *et alii*, 1999: 220).

³⁶ En el original: “[...] is contextualized by the work of rivers and watersheds, as they maintain their dynamic equilibrium in geologic time; by the work of forests and grasslands and deserts; by the intricate balance of cooperation and competition that defines the work of all species in evolutionary time. To paraphrase Peter Berg (1998, in progress), we are invited to go beyond making a living - to living a making”. (McGinnis *et alii*, 1999: 220)

³⁷ En el original: “My identity is not simply human as opposed to animal. It is a series of nested categories” (Shepard, 1996: 85).

³⁸ La idea completa es la siguiente: “The declaration that ‘I am a fox’ or that ‘you are a goose’ is the predication of an animal on a pronoun which is more or less amorphous and helps to teach the art of metaphor. Just as I say I may be foxy in strategy I can be a tree in my rootedness or a rock in stolidity. Such multiple ritual assertions are a kaleidoscope of successive, shared domains that define me ever more precisely. My identity is not simply human as opposed to animal. It is a series of nested categories” (Shepard, 1996: 85) (“La declaración de que ‘soy un zorro’ o la de que ‘tú eres un ganso’ es la predicación de un animal respecto de un pronombre más

lo rioplatense se retroalimenta con el aporte de Hudson. Como señala Calveyra, “en el caso de *Allá lejos y hace tiempo* no es excesiva la palabra *patriada*³⁹, puesto que Hudson con este libro contribuyó a fundarnos un poco más, y, sin lugar a dudas, contribuyó a que llegáramos a valorar lo mejor que tenemos: gentes y luz” (Calveyra: 2012: 12).

Allí/aquí estas identidades discursivas que integran la *regionalidad* en cuestión funcionan como “*selves*” autónomos, pero sólo en parte, puesto que necesitan de otras piezas para completar la totalidad. En todos hay conciencia del hecho biológico de la interconectividad ecológica, a su vez tomada como modelo de una interconectividad más profunda, que impregna todos los niveles, desde los micro hasta lo macro o cósmico (Mathews, 1991: 148). Cuando dijimos al principio que más que imprecisa, la noción de región es porosa, aludimos a la “no-localizabilidad de las partículas” (Mathews, 1991: 148), por lo que la región, *regionalidad* (Arendt, 2021) o *biorregión* (McGinnis *et alii*, 1999), es algo vivo, móvil y cambiante.

La noción de región por la que optamos, que incorpora la de *regionalidad* y la de *biorregión*, lejos de dividir, está señalando una pertenencia no predeterminada por nacimiento, lengua ni raza, sino por una cierta experiencia. En el caso de la Región Hudson, por lo que se denomina mundo natural, específicamente en la zona del Plata. Todos estos autores, para quienes la función de Hudson es ser hipotexto y/o motivador y acompañante de la escritura, se conciben como subjetividad en relación con su medio. Efectivamente, sin ese ámbito que posee un alma netamente hudsoniana, serían otros. Y así lo manifiestan sus puestas en discurso. Como señala Laura Forchetti al poetizar sobre el pastizal, del que predica que más que construirse es algo que “se deja crecer/ se alienta/ se le devuelve a la tierra” (2017 a: 65). Pero no es abandono ni dejadez; “pastizal” es “un estado del alma” (2017 a: 67).

La Región Hudson, con el pastizal que “espera la lluvia” (Forchetti, 2017 a: 66); con “los sustantivos que resaltan como en relieve de la trama del libro” (Calveyra, 2012: 152); con “resplandor virulento,/ temprana exhalación, frescura intensa” (Dellazuana, 2018: 41) se inscribe, con sus diferentes miembros, en el proceso de restauración biorregional y de renovación cultural ecológica de que hablan McGinnis, House y Jordan III (1999: 220), proceso que es *autopoiético*, es decir propio de un sistema con capacidad de preservarse a sí mismo. Es necesario que en este proceso la conciencia humana abandone la individualidad

o menos amorfo, que ayuda a enseñar el arte de la metáfora. Así como digo que puedo ser astuto en cuanto a la estrategia, también puedo ser un árbol por mi arraigo o bien una roca a causa de mi estolidez. Tales múltiples afirmaciones componen un caleidoscopio de dominios compartidos que me definen cada vez con mayor precisión. Mi identidad no es simplemente humana en oposición a lo animal. Es una serie de categorías anidadas”).

³⁹ En bastardilla en el original.

aislada, parapetada tras la autoridad científica e intelectual de otra época. “Como miembros de comunidades, los seres humanos debemos construir una relación profunda y duradera con el sistema natural que sustenta la vida misma. La restauración biorregional significa entender y aceptar la importancia y el significado del papel de uno mismo en la comunidad”⁴⁰ (McGinnis *et alii*, 1999: 221). Hallamos que William Henry Hudson, Arnaldo Calveyra, Laura Forchetti y Daniel Dellazuana o, mejor, *Allá lejos y hace tiempo*, *Allá en lo verde Hudson*, *Libro de horas* y *Ornitología para principiantes*⁴¹ —porque se trata de obras, no de las figuras de los autores, que pueden variar en su producción— han asumido su ser en relación en esta que dimos en llamar Región Hudson, en homenaje a quien ofrece para el fenómeno situado los textos fundantes.

Cuando se reconoce que la identidad individual es también comunitaria —sin reduccionismos—, esto es: cuando admitimos la intervención de totalidades más grandes en nuestra identidad, ocurre una expansión en la percepción y en la concepción del sí mismo⁴². Para Arne Naess, padre de la ecosofía, tal es el sentido de la autorrealización, que une las nociones de diversidad, complejidad y simbiosis para exponer “la existencia de interdependencias”, que promueve que todas las partes en una relación se enriquezcan (Naess, [1989] 2018: 293). Esta autorrealización vía asunción de la interdependencia conduce a una actitud protectora del mundo. Naess señala que es preferible esta conciencia amorosa ([1989] 2018), antes que una conciencia intelectual del valor intrínseco de los seres (Mathews, 1991: 150). Esta actitud de protección, basada en la identificación con la naturaleza, marca el cambio respecto de una ética del deber, a una ética del cuidado.

Así como Masanobu Fukuoka afirma que una “brizna de paja” puede provocar una revolución (1978), para Hudson, su mundo cognitivo, perceptivo y emocional entero era alterado por “una brizna de pasto” ([1918] 1979: 213). Disposición anímica exaltada,

⁴⁰ En el original: “As members of communities human beings should build a deep and lasting relationship with the natural, life-support system. Bioregional restoration means coming to terms with the meaning of work and one’s labor in the community” (McGinnis *et alii*, 1999: 221).

⁴¹ En los libros considerados abunda una poética del silencio, particular en cada uno. Silencio como componente fundamental e insoslayable desde la experiencia intransferible de la percepción del referente.

⁴² McGinnis define la restauración *biorregional*: “*Bioregional restoration is a practice performed by a community that extends its identity to biospheric life as manifested by particular places; a human community which begins to define itself through its continuity with the immersion in ecological systems*”. (McGinnis *et alii*, 1999: 112). [“La restauración biorregional implica que una comunidad extienda su identidad a la vida biosférica manifiesta en lugares particulares; esto es, una comunidad humana que comienza a definirse a sí misma a través de su continuidad en los sistemas ecológicos” (La traducción es nuestra)].

comunidad reiterada una y otra vez⁴³. “¿La revolución de un hombre? Coge mañana un saco de semillas de cebada arroz y trébol y parte llevándolo sobre la espalda como Dkuninushinornikoto (el legendario dios japonés de la salud, que viaja repartiendo buena suerte del interior de un saco que lleva sobre su espalda) y esparce las semillas por los campos de Tokaido” (Fukuoka, 1978: 151).

¿Qué otras obras podrían integrar la Región Hudson, “lugares que de tan sabidos ya casi nadie acierta a ser entre nosotros” (Calveyra, 2012: 115); “prueba de la razón/ para el milagro/ a través de cauces dispersos/ [...] / el oído suspenso del cielo” (Forchetti, 2017 a: 58); que “agita a los cardales [...] / [...] / serpentea entre aromos// [...] / ...es mucho para mí la madrugada,/ como una anomalía que me crece/ sumisa de cariño” (Dellazuana, 2018: 72-73)?

La puerta queda abierta.

Referencias bibliográficas

- Arendt, João Claudio, 2021, “Regionalidade (s) e Literatura: aportes para um debate teórico”, *Literatura y regionalidades*, Biblioteca Digital de la UNCuyo, <https://bdigital.uncu.edu.ar/17014>
- Bartholomew, Roy, 1954, *Cien poetas rioplatenses 1800-1950*, ordenación, pról., notas sobre la poesía en el Río de la Plata y bio-bibliográficas de los poetas: R. Bartholomew, Buenos Aires: Raigal. Apéndice: “Los poemas de William Henry Hudson” –en inglés, salvo el más famoso en versión bilingüe, “London Sparrow”/ “El gorrión de Londres”; “The Old Man of Kensington Gardens”, “Tecla and the Little Men”, “Gwendoline”, “In the wilderness”.
- Berardi, Franco “Bifo”, 2019, *Respirare. Caos y poesía*, Buenos Aires: Prometeo Libros.
- Calveyra, Arnaldo, 2012, *Allá en lo verde Hudson. Una relectura de Allá lejos y hace tiempo de Guillermo Enrique Hudson*, ilustraciones: Antonio Seguí, Buenos Aires: Adriana Hidalgo.

⁴³ “El espectáculo de una puesta de sol superaba, a veces, más de lo que podía tolerar, y deseaba esconderme. Si la sensación despertada surgía provocada por la vista de un objeto pequeño y hermoso, o raro, tal como una flor, su solo efecto intensificaba la belleza del objeto” ([1918] 1979: 214).

- Dellazuana, Daniel, 2018, *Ornitología para principiantes*, Santa Fe: Ediciones UNL; Paraná: Editorial UADER.
- Eco, Umberto, 1976, *Signo*, Barcelona: Labor.
- Forchetti, Laura, 2017 a, *Libro de horas*, Buenos Aires: Bajo la luna.
- Forchetti, Laura, 2017 b, “Laura Forchetti: sus respuestas y poemas”, entrevista realizada a Laura Forchetti, por Rolando Revagliatti, <https://www.lexia.com.ar/Reportaje-Laura-Forchetti.html>
- Forchetti, Laura, 2019, “Entrevista a Laura Forchetti”, 12 de julio de 2019, por Fabiana Margolis, Gloria Candiotti y Pilar Muñoz Lascano, <https://ladesterrada.com/laura-forchetti/>
- Fukuoka, Masanobu, [1978] 2014, *La revolución de una brizna de paja*, Ediciones Verdes.
- Heredia, Pablo, 2007, “Regionalizaciones y regionalismos en la literatura argentina. Aproximaciones a una teoría de la región a la luz de las ideas y las letras del siglo XXI”, en *Literatura de las regiones argentinas II*. Coord.: Marta Elena Castellino. Mendoza, Universidad Nacional de Cuyo, 155-182.
- Hudson, William Henry, [1892] 1997, *El naturalista en el Plata*, Trad.: sine data, Buenos Aires: El elefante blanco.
- Hudson, William Henry, [1918] 1979, *Allá lejos y hace tiempo*, trad. y estudio preliminar: Alicia Hebe Viladoms, Buenos Aires: Kapelusz [GOLU].
- Hudson, Guillermo Enrique, 2017, *Las aves de la pampa perdida*, compilación: Tito Narosky y Diego Gallegos ed. literario: Roberto Enrique Tassano, pról.: Tito Narosky, Buenos Aires: Buenos Aires Books.
- Lencina, Eva, 2019, “Canon y nacionalización: la edición y difusión de la obra de W. H. Hudson a través de la “época de oro” de la industria editorial”, *RELEED. Revista Latinoamericana de Estudios Editoriales*, 1; 8-2019; 1-13.
- Lencina, Eva, 2022, “Una utopía retrospectiva: *Far Away and Long Ago* de W.H. Hudson y la infancia como paraíso perdido”, *Revista Chilena de Literatura*, mayo, 105, 395-422.
- Lamborghini, Leónidas, 1996, *Las reescrituras*, Pról.: Luis Chitarroni, Buenos Aires: Ediciones del Dock.
- Mathews, Freya, 1991, *The Ecological Self*, Nueva York: Routledge.

- McGinnis, Michael Vincent; House, Freeman; Jordan III, William, 1999, “Bioregional Restoration. Re-establishing an Ecology of Shared Identity”, *Bioregionalism*, 205-222.
- Molina, Hebe Beatriz y Varela, Fabiana Inés (dirs.), 2018, *Regionalismo literario: historia y crítica de un concepto problemático*, Mendoza: Universidad Nacional de Cuyo; Secretaría de Ciencia, Técnica y Posgrado, https://bdigital.uncu.edu.ar/objetos_digitales/11489/regionalismo-literario-molina-et-al.pdf
- Molloy, Sylvia, 2015, *Vivir entre lenguas*, Buenos Aires: Eterna Cadencia.
- Naess, Arne, [1989] 2018, *Ecología, comunidad y estilo de vida. Esbozos de una ecosofía*, Buenos Aires: Prometeo Libros.
- Pata Pata⁴⁴, 2019, “Entrevista a Daniel Dellazuana, autor del libro *Ornitología para principiantes*”, 27 de junio de 2019, <https://www.youtube.com/watch?v=A7cbrwBfjY>
- Renzi, Emilio (Ricardo Piglia), 1978, “Hudson: ¿un Güiraldes inglés?”, *Punto de vista*, 1, 23-24, <https://ahira.com.ar/ejemplares/1-20/>
- Rodríguez, Fermín, 2010, “Perder el tiempo. La literatura de William H. Hudson”, Alejandra Laera (ed.) de *El brote de los géneros*, vol. 3 de *Historia crítica de la literatura argentina* (Noé Jitrik, dir.), Buenos Aires: Emecé, 325-350.
- Saua, Marian Nahir, 2018, “Teorías semántico-cognitivas para el análisis del concepto literatura regionalista”, *Regionalismo literario: historia y crítica de un concepto problemático*, Mendoza: Universidad Nacional de Cuyo; Secretaría de Ciencia, Técnica y Posgrado, 115-124.
- Shepard, Paul, 1996, *The Others: How Animals Made Us Humans*, Washington D.C.: Island Press.
- Videla de Rivero, Gloria, 1984, “Las vertientes regionales de la literatura argentina”, Mendoza, *Revista de Literaturas Modernas*, 17: 11-26.
- Videla de Rivero, Gloria, 2004, “Prólogo”, *Literatura de las regiones argentinas*, Universidad Nacional de Cuyo, Centro de Estudios de Literatura de Mendoza, 7-10.

⁴⁴ Pata-pata es el primer programa sobre animales en Paraná y la región. Se emite todos los lunes, de 18 a 19 por Radio Costa Paraná 88.1 o www.radiocostaparana.com